

ESTADO, NACIÓN Y MUNDIALIZACIÓN

León Wunder

ÍNDICE

1. Prólogo a modo de presentación.
2. La aparición del Estado dentro del nuevo sistema mundo.
3. El nacionalismo como sustento ideológico del Estado.
4. Mundialización y transformaciones del Estado.
5. Epílogo a modo de conclusión.

1. Prólogo a modo de presentación.

Una vieja maldición china consistía en condenar al otro a vivir tiempos interesantes. Peor que sufrir la maldición de vivir tiempos interesantes es la estupidez de no intentar comprenderlos.

Este trabajo es un intento de comprender los cambios políticos y sociológicos que vivimos en la actualidad.

Para comprender ese universal, escogemos como objeto un particular: el Estado-nación.

Creemos que, como afirma Bonaventura de Sousa Santos, “la neutralización epistemológica del pasado siempre ha sido la contraparte de la neutralización social y política de las *clases peligrosas*”. Hemos puesto, como mínimo, el mismo énfasis en el proceso histórico del Estado como en sus transformaciones actuales.

Es un trabajo humilde. Lo es por su extensión y lo es por su contenido. Puede que no más que un *guijarro humilde de las carreteras*, al igual que aquella pequeña piedra de León Felipe.

Puede que ni sirva para una honda.

Ulrike Meinhof dijo: “Arrojar una piedra es una acción punible. Arrojar mil piedras es una acción política”.

Lanzo, pues, mi primera piedra.

2. La aparición del Estado dentro del nuevo Sistema-Mundo.

A finales del siglo XIII, el sistema imperante en Europa, el feudalismo, agoniza. Una serie de crisis -ambiental, económica, social y política- agotan un mundo necesitado de cambios. Las clases “superiores” -principalmente la nobleza-, resueltas a no perder su hegemonía, deciden abandonar el sistema feudal por uno nuevo. Nace como solución a la crisis del feudalismo, entre finales del siglo XV y principios del XVI, el capitalismo. Este nuevo sistema no surge, como defiende la noción académica, del fortalecimiento de una nueva clase comerciante -la burguesía-, sino como producto de un esfuerzo sociopolítico de las clases dominantes por mantener sus privilegios (Wallerstein, 2005).

El Estado moderno, fruto de la transición hacia el capitalismo, aparece por primera vez en Europa con los Reyes Católicos. La Santa Inquisición, al servicio de la corona, se abroga dos atribuciones esenciales para diferenciar esta novedosa forma de organización política. La primera es el control de la fiscalidad dentro de los reinos hispánicos; es el órgano encargado de recaudar impuestos y de establecer las tasas aduaneras¹. La segunda, más relevante, es el establecimiento institucional del Derecho y la ejecución de la Justicia. Foucault (2003) revela que la Justicia, lejos de la neutralidad e imparcialidad a la que alega, es una herramienta política de coerción². Dado que la jurisdicción de la Inquisición abarcaba todo el territorio gobernado por los Reyes Católicos, estos consiguen “reclamar -con éxito- para sí el *monopolio de la violencia física legítima*” (Weber, 2009), instituyendo, con ello, la aparición del Estado moderno.

Las aportaciones teóricas de Maquiavelo, Bodin y Hobbes proclaman una continua monopolización de todos los elementos de coerción, es decir, la *concentración de poderes*. Los Estados centrales del nuevo sistema capitalista traducirán esta concentración de poderes en aparatos de Estado relativamente fuertes. España es protagonista en la consolidación del nuevo sistema gracias a su expansión geográfica del mundo; es, también, cuna del Estado moderno. Inglaterra fortalecerá su aparato de Estado en un proceso progresivo que culminará en el siglo XVII, tras una larga revolución; Francia lo hará en dos períodos: primero con Luis XIV -“El Estado soy yo”- y después con la Revolución, a finales del siglo XVIII. El papel de estos países es fundamental para la

¹ Es interesante resaltar el hecho de que la Inquisición fue la principal instigadora de la expulsión de los judíos y su principal beneficiaria. Más allá de los intereses económicos, los sefardíes eran los únicos que no reconocían a la Inquisición como autoridad legítima. Pese a ser un grupo subalterno, suponían un riesgo elevado como poder desacreditador de los valores hegemónicos que predominaban entonces.

² Antes que Foucault ya había afirmado Gramsci: “La escuela como función educativa positiva, y los tribunales como función educativa represiva y negativa, son las actividades estatales más importantes”.

aparición del nuevo sistema social: la *economía-mundo europea*. El descubrimiento europeo de América y el desarrollo de una tecnología naval avanzada permitirá, a través de diferentes métodos de control, una división jerarquizada y geográfica del trabajo³ (Agosto, 2003). La construcción de los Estados en las diferentes comunidades no es, por lo tanto, un efecto espontáneo, sino estructural, enmarcado dentro de unos parámetros establecidos.

Para Wallerstein, el vínculo básico entre las partes de este sistema es económico, pero está reforzado por lazos culturales y acuerdos políticos (2005). No existe ninguna unidad política, ya que ninguna entidad política ejerce autoridad en todas sus zonas, pero es un sistema *mundial* ya que es mayor que cualquier unidad política jurídicamente definida, aunque no incluya, desde su origen, la totalidad del mundo (Agosto, 2003). En este nuevo sistema mundial, el Estado se erige como el eje de la jerarquización del espacio. Wallerstein distingue tres ámbitos de organización política delimitados por el carácter económico del sistema, rebatiendo a la historiografía académica que presupone un mundo plano y homogéneo: los Estados centrales, las áreas periféricas y las áreas semiperiféricas. Los *Estados centrales* son las comunidades más beneficiadas por la economía mundo; funcionan como “un mecanismo para proteger las disparidades surgidas en el sistema mundial, y como máscara ideológica para justificar el mantenimiento de esas disparidades” (*Idem*: 20). Las *áreas periféricas* son “el sector geográfico [...] en la que la producción es prioritariamente de bienes de baja categoría (bienes cuya mano de obra está peor remunerada). [...] Las mercancías que en ella se producen son esenciales para su uso diario” (*Idem*: 21). Wallerstein elude el concepto de Estado porque en esos territorios es débil o inexistente -en contraposición al fuerte aparato de Estado de los *Estados centrales*. Por último, las *áreas semiperiféricas* “están entre el centro y la periferia en relación a la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato de Estado y la integridad cultural” (*Ibidem*). Wallerstein establece una original y acertada perspectiva, alejada del simplismo y esquematismo habituales, sobre los orígenes del capitalismo y las causas del surgimiento del Estado moderno⁴.

La particularidad del capitalismo es su capacidad para mantener oculta esta “jerarquización del espacio en la estructura de los procesos productivos”. La economía-mundo capitalista proclama una separación entre la *arena económica* -la “división social del trabajo a nivel mundial”- y la *arena política* -formada por los Estados soberanos-: sin embargo, esta frontera no existe. Las divisiones estatales son superadas por “un sistema transnacional de cadenas de mercancías, que está

³ “La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder”. Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*.

⁴ Esta interpretación se contrasta con la aparición del colonialismo.

jerárquicamente organizado. Las zonas periféricas se especializan en las tareas inferiores utilizando la mano de obra peor pagada. De esta forma, la separación entre la arena política y la arena económica no es tal, ya que en realidad la primera está limitada y condicionada por la segunda” (Wallerstein, 2005). Cabe decirlo una vez más: el surgimiento del Estado moderno no es efecto de causas coyunturales independientes: su aparición y establecimiento se debe a la necesidad del sistema-mundo de establecer mecanismos de control del trabajo, así como de permitir la circulación del capital y la creación de mercados internos.

Norbert Elias plantea una perspectiva mucho menos sistémica pero igual de sociológica. Considera que el Estado-nación (obviando el estadio anterior de Estado moderno) aparece con las monarquías absolutistas de la Europa de los siglos XVII y XVIII, a través de una progresiva centralización de las sociedades. Como consecuencia de la competencia violenta por el poder entre regiones, ciudades y grupos sociales rivales se desarrolló un número menor de unidades sociales más grandes, mediante lo que Elias denomina el *mecanismos de monopolio*. Este mecanismo condujo “a un Estado en el que una única autoridad controla todas las oportunidades: un sistema de oportunidades abiertas dio paso a un sistema de oportunidades cerradas” (Elias, 2000). La aparición del Estado-nación se explica con su monopolización de los medios para ejercer la fuerza física y del sistema tributario.

En la misma obra, el autor analiza el proceso de “civilización” occidental. Según él, las sociedades occidentales perciben que sientan la norma de la conducta civilizada -y, por lo tanto, se creen superiores a otros tipos de sociedad- porque desde la Edad Media han desarrollado unas estructuras psíquicas y unos códigos de urbanidad como resultado de un proceso de *distintibidad* cortesana. Elias considera que el aumento de los umbrales de repugnancia y vergüenza conduce a las personas a un mayor control de sí mismos: surgen, entonces, las *personas modernas*. “La formación del Estado-nación, junto con las redes cada vez más densas de relaciones sociales, está íntimamente ligada a la aparición del tipo de personalidad típicamente moderno. Sólo cuando la monopolización de la fuerza física por parte del Estado es relativamente estable y segura, los individuos pueden, desde la infancia, ajustarse a un nuevo tipo de autocontrol, más estricto, que se convierte entonces en su “segunda naturaleza” [se convierten en personas *civilizadas*]” (Giddens, 2010).

La teoría de Elias es susceptible de múltiples reprobaciones; como apunta Hans Peter Duerr, la idea de un proceso civilizador es “un mito”. Se ignora, además, el “lado oscuro” de dicho proceso: Foucault (2010) se encarga de demostrar que no fue indoloro, sino para muchos grupos sociales puede ser cualquier cosa menos “civilizado”. Aún así, la noción que plantea Elias (2000) sobre la relación entre el Estado y las actitudes individuales es notablemente relevante. Si la formación del

Estado se produjo por los cambios en la estructura psíquica de los individuos, la actual desaparición del Estado podría causar, inversamente, cambios en los comportamientos sociales. Se explicaría sociológicamente el resurgimiento de la violencia *disfuncional* que vive el mundo contemporáneo (Zizek, 2010).

3. El nacionalismo como sustento ideológico del Estado.

Durante dos siglos, la economía-mundo capitalista se consolida y se expande, afianzado cuatro elementos primordiales: la división axial del trabajo, la primacía de quienes se dedicaban a la incesante acumulación de capital, una polarización económica y social en aumento y -lo aquí tratado- el sistema interestatal. Las estructuras estatales habían puesto algunos mecanismos que permitieron el funcionamiento de este sistema social (Agosto, 2003). Pero hasta la Revolución francesa de 1789 ni el capitalismo ni el Estado cuentan con una ideología legitimadora. La Revolución implantó dos principios fundamentales -desde entonces *naturales*⁵-: que “el cambio político era algo normal, no excepcional, y que la soberanía residía en el pueblo, no en un soberano” (Wallerstein, 2005: 75). A partir de estas premisas se formulan las nuevas ideologías. Empieza a nacer, como trescientos años antes lo había hecho el Estado, la nación⁶.

La aparición de los Estados modernos había modificado la organización social de las sociedades: estas habían pasado de ser agregados personales a agregados territoriales. Esta transformación da origen a una crisis identitaria, al desaparecer los fuertes vínculos que producían las relaciones de vasallaje en la sociedad estamental. La masa de las poblaciones necesitaban, dentro de esta nueva ideología legitimadora elaborada durante la Revolución francesa, una noción que satisficiera sus “anhelos íntimos”.

El liberalismo -frente al conservadurismo y el socialismo- triunfa en la revolución de 1848; se postula como la ideología más capacitada para dar a la economía-mundo capitalista una geocultura viable. El programa reformista de los liberales se centraba -utilizando la autoridad de los Estados como “palanca política” básica- en tres puntos: el sufragio, el comienzo de un Estado de bienestar y un nacionalismo racista políticamente integrador (en palabras del propio Wallerstein: “una identidad

⁵ Como indica Zizek (2010), “la ideología no es otra cosa que la forma aparente de la no-ideología, su deformación o desplazamiento formal”.

⁶ Cabe añadir que la inmensa mayoría de los sociólogos coinciden en la fecha (siempre relativa) de la Revolución francesa como la que dio lugar a la aparición del nacionalismo. Así lo hacen Ernest Gellner (1983), Anthony Smith (1986) y Andrew Pilkington (2002), entre muchos otros.

nacional contra el mundo no blanco”). Estas propuestas, sobre todo la última, eran una manera de responder a las demandas de las “clases peligrosas” del siglo XIX: el proletariado urbano que había creado la revolución industrial en Europa occidental y Norteamérica (Agosto, 2003).

Si el liberalismo es la ideología legitimadora del sistema-mundo, la nación es el sustento del Estado. Para Anderson (2003) las naciones son *comunidades imaginarias*; Wallerstein las considera “un espejismo y una distracción” (2005: 101). Sin embargo, no debe pensarse que es una categoría que responde únicamente a los intereses de los grupos hegemónicos. Las ideas dominantes no son nunca directamente las ideas de la clase dominante⁷. “Para que una ideología se imponga resulta decisiva la tensión, en el *interior mismo* de su contenido específico, entre los temas y los motivos de los *oprimidos* y los de los *opresores*” (Zizek, 2010: 21). La idea de nación regula el sentimiento de pertenencia, fortaleciendo la identidad de la sociedad y de los individuos que la componen. Ese es su contenido “popular”. El deseo *universal* -el de pertenencia- es deformado a partir de las relaciones de dominación y explotación, creando una *comunidad imaginaria*, la nación, que legitima la existencia del Estado.

La aparición *física* de los Estado-nación se produce mediante la “transubstanciación” de las comunidades locales y de sus tradiciones a la nueva *comunidad imaginaria*, a través de una gramática de envolvimiento. Las formas auténticas de los estilos de vida locales son reprimidas y/o reinsertadas en una nueva “tradición inventada” omnicomprendiva. Zizek afirma que “la *tradición nacional* es una pantalla que esconde NO el proceso de modernización, sino *la verdadera tradición étnica en su insostenible factualidad* (2010: 59)⁸.

Pese a haber logrado una legitimación y una consolidación mundial, la forma universal del Estado-nación -lejos de ser una suerte de “entelequia aristotélica”- es un equilibrio “precario, provisional, entre la relación con una determinada Cosa étnica y la función -potencialmente- universal del mercado” (Zizek, 2010: 60). Por un lado, *sublima* las formas de identificación universal *patrióticas* -relacionadas con el sentimiento de pertenencia-, y, por otro lado, se erige como una especie de límite pseudonatural de la economía de mercado, separando el comercio “interior” del “exterior”: queda así *sublimada* la actividad económica, elevada a la altura de la cosa étnica, legitimada en cuanto a contribución patriótica de la nación (*Ibidem*).

El *Lebiatán* ejerció, en la forma de Estado-nación, su dominio. Pero ahora se encuentra cansado (Monedero, 2003).

⁷ Ejemplo de ello fue cuando, disuelta la URSS, muchísimas comunidades de zonas rurales desenterraron figuras religiosas que guardaban celosamente pese al ateísmo institucional durante la época soviética.

⁸ Una muestra de lo que dice Zizek es la publicación o investigación periódica del folklore. Este es representado no como un localismo, sino como la esencia pura de la tradición nacional.

4. La mundialización y las transformaciones del Estado.

Las ciencias sociales, como defiende Juan Carlos Monedero (Santos, 2005), han venido pensado la globalización como la vanguardia de una dirección necesaria, fatal, contra la que poco podía hacerse -al igual que habían hecho antes con la idea de modernización. Giddens (2010) la define como “la identificación de relaciones sociales mundiales que unen localidades distantes de tal modo que los acontecimientos locales están condicionados por eventos que ocurren a muchas millas distancia y viceversa”. Y es que la globalización únicamente es considerada a partir de los países centrales teniendo en cuenta sus realidades (*Idem*: 133). Paradójicamente, en los últimos años -a partir de la crisis financiera que explotó en 2008- las sociedades occidentales han empezado a percatarse de los efectos nocivos de la *mundialización*. Mundialización, no globalización, porque cambiando la categoría social puede desplazarse su representación social. Y es necesario realizar una crítica profunda a la mundialización.

El Estado-nación ha estado amenazado, desde sus orígenes, por dos poderosas fuerzas: las formas “orgánicas” de identificación particular -los localismos- y por la lógica inmanente del capital -que es transnacional. Asimismo, nunca ha gozado de una soberanía plena (Agosto, 2003). La tensión con la sociedad civil y las injerencias de la “comunidad internacional”⁹ han limitado, en mayor o menor medida, la capacidad de actuación del Estados moderno. Pero en la actualidad su propia estructura es incapaz de soportar las pérdidas de soberanía que sufre. *El Estado está en crisis*.

La principal causa de la *disolución* del Estado es su pérdida de legitimidad. Los Estados-nación no cumplen las expectativas de la población en materia de bienestar y seguridad. Estas demandas son cada vez más elevadas, y los Estados intentan satisfacerlas privatizándolas. El ejemplo más obscuro y más claro de ello es la aparición de las *cárceles privadas*: son todo un símbolo de la próxima desaparición del Estado. Weber, como se ha dicho más arriba, había definido la monopolización del poder coercitivo como la característica elemental de un Estado. Si el Estado no concentra en sus manos -es decir, en propiedad pública- las herramientas de coerción y de bienestar, su existencia no tiene sentido. Además, como explica Castells (1998) la identidad de los individuos está sufriendo un proceso de desvinculación a los grandes grupos de pertenencia (entre los que se encuentra la nación), apareciendo otros más concretos y particulares.

La *crisis* que sufre el Estado afecta a las conductas sociales. Tal y como afirma Balibar (1997), un rasgo propio de la vida contemporánea es la crueldad excesiva y no funcional. Dos modos opuestos

⁹ Formada, a ojos de Eduardo Galeano, por los *señores del dinero* y los *señores de la guerra*.

pero complementarios de esta violencia excesiva son la violencia “ultraobjetiva” o “estructural” consustancial a las condiciones sociales del capitalismo global -la producción automática de grupos e individuos excluidos-, y la violencia “ultrasubjetiva” de los “fundamentalistas” étnicos o religiosos -presentes en todo el globo y, en definitiva, racistas, al negar la total humanidad del otro. Antes se ha hablado de la teoría de los procesos civilizadores de Norbert Elias, que planteaba que el Estado, al monopolizar la violencia legítima, favorecía el autocontrol de los individuos. Ahora estaría ocurriendo el procedimiento inverso.

“Las formas sociales [...] ya no pueden -ni se espera que puedan- mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas y, una vez asumidas, ocupar el lugar que se les ha asignado” (Bauman, 2009: 7). Marx y Engels creían sufrir hace un siglo y medio cuando afirmaban en “El manifiesto comunista” que “todo lo sólido se disuelve en el aire”. Dentro de esas formas sociales se encuentra el Estado-nación.

Wallerstein considera que la organización política de Estado se encuentra en crisis porque el mismo sistema-mundo que lo originó lo está también. Para él, “los múltiples productores del sistema-mundo capitalista han perdido el principal estabilizador oculto del sistema, el optimismo de los oprimidos” (Wallerstein, 2005: 116). Monedero agrega que “el *cansancio del Leviatán* [...] no es sino la ruptura de esa *paz* que instaura la existencia exitosa -aunque históricamente violenta- de los Estados nacionales (2003).

Pero el Estado no ha muerto del todo. Pese a haber una renuncia parcial a ser el principal actor político, demuestra nuevas energías para reutilizar la máquina estatal en fines particulares. Ajeno a los problemas de la política monetaria¹⁰, el desempleo, la propiedad de los recursos naturales, la contaminación, la educación y la salud se muestra muy activo cuando se trata de rescatar a grandes transnacionales. Y eso contribuye a una deslegitimación mayor del Estado. En la actualidad, se muestra capaz de rescatar a grandes entidades financieras, pero inútil ante otros problemas de la sociedad.

Se ha empezado el capítulo con un comentario sobre la definición sesgada de la mundialización. Esta debería pensarse como una suma de “localismos globalizados”: aspectos globales que tuvieron aceptación fuera de sus fronteras y que, al hacerse globales, “localizan” a los que no han tenido ese desarrollo (Santos, 2005)¹¹. Porque tan sólo entendiendo el mundo contemporáneo puede plantearse

¹⁰ La “independencia” de los Bancos Centrales en la economía de mercado es indiscutible. O'Donnell se sorprendía de la cantidad de poder que concentraban los tecnócratas si la política estaba prohibida.

¹¹ Siguiendo a Wallerstein: “La globalización se nutre del localismo, especialmente del localismo de los poderosos”

la pregunta de Žižek (2010: 73) sobre cómo reinventar el espacio político en las actuales condiciones de globalización.

5. Epígrafe a modo de conclusión.

Somos conscientes de algunas ausencias importantes en el trabajo. Una de ellas es la no mención a los beneficios que reportó la aparición del Estado a las clases dominantes. Dada la importancia que tiene como fuente Wallerstein, otra ausencia es la falta de referencias a los movimientos antisistémicos. Sin embargo, hemos otorgado más relevancia a la intención del escrito: resultar revelador dentro de su propio contexto. Cerremos el telón como lo empezamos, con unas palabras de Bonaventura de Sousa Santos.

“Después de siglos de modernidad, el vacío del futuro no puede ser llenado ni por el pasado ni por el presente. El vacío del futuro es tan sólo un futuro vacío. Pienso pues que frente a esto sólo hay una salida: reinventar el futuro, abrir un nuevo horizonte de posibilidades cartografiado por alternativas radicales” (Santos, 1998: 424).

Bibliografía

- AGOSTO, Patricia (2003): *Immanuel Wallerstein y la crisis del Estado-nación*. Madrid, Campo de Ideas.
- ANDERSON, B. (2006): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres, Verso Book.
- BALIBAR, Étienne (1997): *La crainte des masses. Politique et philosophie avant et après Marx*. París, Galilée.
- BAUMAN, Zygmunt (2009): *Tiempos líquidos. Vivir una época de incertidumbre*. Barcelona, Tusquets.
- CAMINAL, M. y colaboradores (2008): *Manual de Ciencia Política*. Madrid, Tecnos.
- CASTELLS, Manuel (1998): *La era de la información: economía sociedad y cultura. Volumen II: el poder de la identidad*. Madrid, Alianza.
- ELIAS, N. (2000): *The Civilizing Process: Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*. Oxford, Blackwell.
- FOUCAULT, Michel (2003): *Vigilar y castigar*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2010): *Historia de la locura en la época clásica, I*. México, Siglo XXI.
- GIDDENS, A. (2010): *Sociología*. Madrid, Alianza.
- MARX, K. y ENGELS, F. (2009): *El manifiesto comunista*. Barcelona, Diario Público.
- MONEDERO, J. C. y colaboradores (2003): *El cansancio del Leviatán*. Madrid, Trotta.
- SANTOS, Bonaventura de Sousa (1998): *La globalización del derecho. Los nuevos caminos de la regulación y de la emancipación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (2005): *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid, Trotta.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2005): *Análisis del sistema-mundo: una introducción*. México, Siglo XXI
- ZIZEK, Slavoj (2010): *En defensa de la intolerancia*. Barcelona, Diario Público.